22. CORAZÓN DE JESÚS PROPICIACIÓN POR NUESTROS PECADOS

Cor Iesu, propitiatio pro peccatis nostris

*P. Bryan Dinkel, Sacerdote estadounidense
Misionero en Estados Unidos de América*

Él, en su propia persona, es la víctima de expiación hecha por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn 2,2). Estas palabras salen de la pluma del Apóstol conocido como el discípulo Amado. Hace falta ser un enamorado para reconocer y apreciar la profundidad del amor. El Apóstol Juan revela su sensibilidad hacia el amor del Señor reconociendo aún más, *el amor reside, no en que nosotros demos-tremos amor alguno a Dios, sino en que él nos demostró amor primero, al enviar a su Hijo como expiación por nuestros pecados* (1 Jn 4,10).

La imagen del Corazón de Jesús víctima de expiación de nuestros pecados o propiciación por nuestros pecados, es la imagen perfecta de Cristo, nuestro Salvador. El Cristo de esta meditación es el Cristo crucificado, el siervo sufriente, que como un cordero fue llevado al matadero. Él, el Ungido, fue traspasado por los pecados, por *mis* pecados, los pecados son míos (cf. Jn 19,37). Lamentablemente, ese amor desinteresado nos conmovió poco si no existe el sentido de la ofensa a Dios, es decir, el verdadero sentido del pecado. La insensibilidad al pecado es insensibilidad a Su amor¹.

El pecado se define como «una expresión, una acción o un deseo contrario a la ley eterna»². El pecado, sin embargo, no es simplemente

¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación post-sinodal *Reconciliatio et Paenitentia* sobre la reconciliación y la misión de la Iglesia hoy (2/12/1984).

² SAN AGUSTÍN, *Contra Faustum* 22; PL 42, 418; SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, I-II, q. 71, a. 6. Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1849.

transgredir una ley: es el rechazo de una Persona. Abandonar un Corazón que arde de amor. El pecado no es sólo hacer mal uso de un don, sino ser ingrato con quien lo da. El pecado es el triunfo del fracaso. Es una traición a Dios, al prójimo y a uno mismo.

¿De quién es la culpa? Uno de los grandes santos –pecador arrepentido– de la Iglesia, San Agustín, es muy consciente y dice: «Yo soy el golpe que Te trae dolor, yo soy el culpable de Tu asesinato, yo soy el culpable de Tu muerte, y de la vergüenza de Tu castigo. Yo, yo soy el moretón de Tu agonía, la penuria de Tu tormento. En verdad actué con maldad»³.

La ingratitud y el olvido por parte de aquellos a quienes Él cura y conforta no produjeron una disminución de la ternura y la misericordia con respecto a aquellos que, de nuevo, se presentan a sus cuidados. Oh Señor Jesús, ¿cómo te hemos ofendido? Tus ovejas han pecado contra Ti y Tú ofreces Tu vida por ellas. Oh pecador, *considera cómo Él soportó tal oposición de los pecadores, para que no te canses ni desmayes* (Heb 12,3).

De hecho, yo tengo la culpa y la ofensa es demasiado grande para que yo pueda pagarla; sin embargo, nuestro bondadoso Señor nos miró con buenos ojos y dijo: *Cumpliré mi pacto con vosotros* (Lv 26,9). ¿Quién sabía en aquellos días de antaño lo que eso significaría plenamente? Fidelidad para nosotros, la nación pecadora, significa expiación, perdón. ¿Quién sabía que significaría que Dios mismo pagaría el precio para nuestra expiación? Mientras nosotros no prestábamos atención, nada hacíamos, ¡Dios intercedió!

³ SAN AGUSTÍN, *Diui Aurelii Augustini Hipponensis episcopi Meditationes Soliloquia et Manuale*, ch. 7, p. 17. «Ego sum tui plaga doloris, tuae culpa occisionis, ego tuae mortis meritum, tuae vindictae flagitium, ego, ego tuae passionis livor, cruciatus tui labor. Ego enim inique egi, [...]».

Jesucristo crucificado, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, es el sacrificio propiciatorio que perdona el pecado, satisface y restaura al hombre en su amistad con Dios.

Nosotros lo negamos y lo crucificamos con nuestros pecados, pero *todos fuimos justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente...* (Ro 3,24-25).

La meditación de San Agustín sobre su propio pecado nos ayuda a admitir junto con él: «Yo, en efecto, obré mal, Tú fuiste castigado en retribución; yo cometí el hecho, Tú fuiste golpeado en castigo; yo me exalté, Tú fuiste humillado; yo estaba lleno de orgullo, Tú fuiste abatido; yo tomé lo prohibido, Tú fuiste sometido a la agudeza de la muerte; yo probé la dulzura del fruto, Tú la amargura de la hiel»⁴.

¿Qué más podemos hacer ante un Corazón tan bondadoso? ¿Qué espera Él a cambio? ¿Qué puedo ofrecerle? Como no puedo corresponderle, le adoro. Como no puedo ascender hasta Él, permito que descienda hasta mí. Siempre le rezaré. Reflexionaré sobre Su compasión, Su amor inagotable, y no sobre lo que realmente merezco. Su expiación por mí es desconcertante. Llena el alma de dolor, confusión, perplejidad, pero también de fe, esperanza y caridad. Dios saca verdaderamente el bien del mal.

«Sus perseguidores lograron este malvado propósito, y lo condenaron a muerte, pensando en extinguir la devoción de sus seguidores; pero la

⁴ *Ibidem*, p. 18. «Ego enim inique egi, tu poena mulctaris; Ego facinus admisi, tu ultione plecteris; Ego superbivi, tu humiliaris; Ego tumui, tu attenuaris; Ego praesumpsi vetitum, tu mortis subiisti aculeum; Ego pomi dulcedinem, tu fellis gustasti amaritudinem».

fe creció de la misma cosa que estos hombres crueles e incrédulos pensaron que la destruiría. Lo que la crueldad humana había ejecutado contra Él, Él lo convirtió a los fines de Su misericordia»⁵. Por lo tanto, aunque sus intenciones eran perversas y sus acciones maliciosas, a través de esto se llevó a cabo el plan de Dios. Tenían malas intenciones contra Él, pero Dios las usaba para bien (cf. Gn 50,20).

Según Santo Tomás de Aquino, el lugar, el tiempo, el modo, las personas presentes, todo era lo más adecuado. El Salvador hizo todo en su lugar y a su tiempo⁶. En la Pasión de Jesús, el hombre conoce cuánto le ama Dios y se siente impulsado a amarle a su vez: ahí reside la perfección de la salvación humana.

San Buenaventura lo comprendió claramente. Contempló a Cristo crucificado y se preguntó: «¿Quién no devolverá amor por amor? ¿Quién no abrazaría un corazón tan puro? Nosotros, que somos de carne, devolveremos amor con amor. Abrazaremos a nuestro herido, cuyas manos y pies los hombres impíos han clavado; nos aferraremos a su costado y a su corazón»⁷. Este es el corazón del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

Por eso San Agustín, todo inflamado de amor al ver a Jesús clavado en la Cruz, oraba así dulcemente: «Imprime, Señor, tus llagas en mi corazón, para que pueda leer en ellas sufrimiento y amor: sufrimiento, para que pueda soportar por Ti todo sufrimiento; amor, para que pueda apreciar por Ti todo amor. Escribe, mi amantísimo Salvador, escribe en mi corazón Tus llagas, para que siempre pueda contemplar en ellas Tus sufrimientos y Tu amor. Sí, porque, teniendo ante mis ojos los grandes

⁵ *Catena Aurea*, Comentario de San Gregorio Magno sobre Juan 11,47-53.

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 46.

⁷ SAN BUENAVENTURA, *Vitis mystica*, 3,11; PL 184, 643.

sufrimientos que Tú, Dios mío, soportaste por mí, pueda soportar en silencio todos los sufrimientos que me toque en suerte soportar; y a la vista del amor que Tú me mostraste en la cruz, nunca pueda amar ni ser capaz de amar a otro que a Ti»⁸.

El motivo que impulsa a Cristo a hacer tanto por nosotros es su amor por nosotros. Cuando el cristiano mira a Su Salvador agonizante en la Cruz, recuerda lo que Jesús había dicho mientras enseñaba a los hombres: *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13). Arrodillados, pues, ante el crucifijo, podemos traer a la mente estos pensamientos, que nos transmite, y escuchar la invitación: *Sígueme*.

⁸ Citado por SAN ALFONSO DE LIGORIO, *La Pasión y la Muerte de Jesucristo*, p. 18.